

señan desde uno de los balcones abiertos en los mismos pilares, apoyos de la rotonda.

Después de la misma viene la bendición papal dada desde la ventana central de la fachada de San Pedro. Nada tan maravilloso como este espectáculo. La decoración de la gran plaza, serie admirable de monumentos, artísticamente colocados y los obeliscos; las estatuas; los bosques de columnas; los resplandores de un cielo meridional y de un sol que dora las piedras; la inmensa muchedumbre de todos los países, hablando todas las lenguas que llena aquellos majestuosos espacios; la gran basílica en el fondo, cuyas moles aligeran los dos ríos que en surtidores giran por los aires á los dos lados del obelisco central; todos estos maravillosos asuntos de un cuadro, dan á la Plaza de San Pedro encantos que en vano buscareis en ningún otro lugar de la tierra. El Papa aparece llevado en la silla gestatoria, vestido de blanco; y sobre la cabeza la tiara donde van tres coronas engarzadas. Un silencio profundísimo reina en la antes bulliciosa plaza. Jamás he visto tanta solemnidad y tanto recogimiento en ningún templo romano como en aquel templo al aire libre. El Papa se levanta y estiene sus brazos sobre el mundo desde el monumento más grande que hay en la ciudad llamada capital religiosa del mundo. *Urbi et orbi*: dice. Su voz resuena en todos los ámbitos de la plaza. En seguida las campanas de San Pedro repican al vuelo, las fuentes que se habían cerrado vuelven á su unísono canto, el cañon de Saint-Angelo truena, las músicas lanzan sus himnos, las muchedumbres una grande exclamación; y se ha concluido la Semana Santa en la Ciudad Eterna.

Estas ceremonias más ó menos aparatosas no bastan á salvar una religion tan comprometida por la guerra continua de los herejes y por las continuas faltas de los creyentes. Hace un siglo que el catolicismo se cerró á las dos corrientes más vivas de la sociedad

moderna; á la filosofía y á la democracia. Ganganelli que quiso reconciliarlo con la filosofía, murió envenenado. Pio IX, que quiso reconciliarlo con la democracia, retrocedió al primer obstáculo. Hoy acampa su jefe como un extranjero en medio de la civilización, y como un enemigo en medio de Italia. Todo lo que opone á la igualdad democrática de nuestro tiempo es un dogma de excepción y de privilegio. Todo lo que sabe para conjurar el decálogo de los derechos humanos ¡ah! es repetir este triste decálogo de sus errores: el catolicismo es incompatible con la civilización moderna; fórmula sombría que corona el Syllabus. Para convencerse de cuan amenazado se halla no hay más que recorrer Roma. En los días de Semana Santa se han hecho trescientas visitas domiciliarias. El Papa empieza á desconfiar de sus propios zuavos, cuyo número es un grave inconveniente para el buen orden económico del pequeño estado. Los zuavos empiezan á quejarse del Papa que los mantiene casi á pan y agua. Los romanos aprovechan cualquier coyuntura de manifestar su profundo disgusto, sobre todo, por la abstención de concurrir á las fiestas pontificias donde solo se encuentran domésticos del Papa, su ejército y los extranjeros. El día de Pascua ví además los campesinos. En los mismos paseos que dais por Roma, os asaltan á cada paso testimonios de su situación completamente insostenible. Ya no se quema á nadie por leer libros prohibidos ó por comer carne en viernes. Pero se conserva todavía la apostasía moral de estas nefandas prácticas. En el monte Aventicio, en una de las siete colinas, de donde han descendido más ideas democráticas sobre el mundo, hay un convento en que os muestran como una reliquia el árbol, á cuya sombra oraba en el siglo décimo-tercio el fundador de la Inquisición. Véanse las plantas que crecen, bajo el manto de los Papas, en la montaña donde brotó el árbol sagrado de la libertad romana y donde tantas ve-

ces pasaron las austeras sombras de los tribunos.

En la sala régia que precede á las capillas Paulina y Sixtina hay una apoteosis de los más gloriosos hechos del Pontificado, como por ejemplo la coronación de Carlo-Magno. ¿Pues sabéis qué hechos se hallan también allí, en aquellos muros, consagrados,—sostenidos por los Alcides de la fé, guardados por las alas de los ángeles?—Pues se hallan como una gloria del Pontificado, la degollación de los hugonotes en la siniestra noche de San Bartolomé y el asesinato del almirante Coligny. Dadme si puede darse un testimonio más vivo del divorcio entre nuestro pensamiento y el pensamiento de Roma que esa apoteosis del bárbaro sacrificio de uno de los hombres más ilustres de Francia, y de la siniestra noche, sin semejante en los anales de Tácito, y en los crímenes de Calígula y Neron; horrible noche en que á las orillas del Sena, al toque de las campanas, á la luz de las antorchas, una corte sacrilega y corrompida compuesta de envenenadoras, de prostitutas y de asesinos, lanzó sus legiones de verdugos sobre un pueblo indefenso, cuyo único crimen era su creencia, su fé, y degolló hasta sus mujeres y sus niños, cometiendo uno de los crímenes más execrados por la conciencia humana. Pues bien, ese crimen se halla divinizado en el palacio de donde salen las fórmulas de la moral para todo el mundo. No puede dominarse así la conciencia humana en nuestro siglo, imposible, imposible, imposible. ¿Pues qué—el catolicismo hubiera dominado á los bárbaros siendo más cruel; á los señores feudales, siendo más tirano; á los reyes absolutos, siendo más arbitrario que todos ellos?—Los dominó porque tenía una idea y una fuerza moral muy superiores.—¿Y pretenderá dominarnos á nosotros con ideas inferiores á las nuestras?—Voy á contaros el final de mi viaje á Roma. Yo la visitaba para estudiar sus monumentos y para procurar algún consuelo á mi corazón despedazado

por el destierro. Y encontré encanto singular, proporcionado á las más sublimes aspiraciones del espíritu en las cenizas sagradas donde duermen tantas generaciones de héroes; en las ruinas gigantescas que semejan el esqueleto de un mundo; en las ideas que se levantan de aquellas piedras; en los melancólicos paseos por la vía Apia, entre dos filas de sepulcros, muchos de ellos colosales, que han visto pasar veinte siglos; en la contemplación del cuadro que desde aquí se presentaba á mis ojos; el cielo tachonado de nubes que esparcían á intervalos sombras y luz; Roma con sus rotondas y sus colinas y sus cipreses en el fondo como una inmensa necrópolis; al frente las montañas de la Sabina recamadas de azul claro por la luz y coronadas de diamantes por la nieve, y en torno mio el inmenso campo romano ligeramente aterciopelado por el reverdecimiento natural de la primavera, cubierto de ruinas sombrías, de arcos destrozados, de columnas tronchadas por las tempestades sociales, de acueductos caídos, de tumbas diseminadas, entre las cuales pasaban como sombras los tristes pastores, semejanado todo una elegía viviente.—¿Qué daño hacia yo al Papa contemplando las ruinas?—Por consideraciones fáciles de comprender hasta había ocultado mi nombre. Pues bien, el gobierno romano supo al cabo de quince días que yo estaba en Roma, y me notificó que saliera inmediatamente, pues no podía residir en la Ciudad Eterna un escritor como yo, cuyos libros se hallan en el Índice, un revolucionario como yo, condenado á pena capital por la Reina de España; y el autor de tantas obras enemigas del poder temporal de la Santa Sede. El tren partía en el momento de esta notificación. Pedí unas horas de plazo y me las negaron amenazándome con un calabozo. Salí pensando esto. El primer día de Pascua bendice el Papa desde las alturas de San Pedro *urbi et orbi*. Y el tercer día se asusta de la presencia en Roma de un pobre desterrado por

que propaga en mal estilo algunas de las ideas del siglo. ¡Oh impotencia de los omnipotentes! ¡Oh poder de las ideas! Cuando salí pude dirigir mi vista á las Catacumbas y al Palacio de los Césares. Y la cúpula de San Pedro se perdió á lo lejos del horizonte.

Las ceremonias de la Semana Santa me persuadieron de que Roma detesta toda renovacion, y de que inmóvil en sus tristes supersticiones, desconoce por completo el espíritu vivaz de nuestro siglo. Así es que yo veía con verdadera pena citada para una obra de reaccion aquella Asamblea extraordinaria, no reunida en tres siglos, y que debiera ofrecer al mundo, como el primer Concilio de Jerusalem, la renovacion de la humana conciencia. Cuando el catolicismo estaba vivo y agitado como un mar en movimiento; cuando llamaba á los pueblos á que en sus aguas se bautizasen y templaran su sed; cuando era una corriente que impulsaba los motores del progreso, no había escuela filosófica que no fuera su tributaria. Doquier se podía sentir un impulso de la conciencia universal y esa circulacion de las ideas que es para el espíritu como la circulacion de la sangre para el cuerpo, allí estaba la Iglesia respirando el aire vital, absorbiéndolo por todos sus poros; transformando en jugos saludables lo que acaso fuera en su fuente ponzoñoso veneno. Por esta virtud asimiladora, por esta fuerza nutritiva, la Iglesia recogió el espíritu judío con San Pedro, y su opuesto, el espíritu romano con San Pablo; por esta misma virtud, las escuelas griegas, las escuelas alejandrinas, que habían nacido con el propósito de renovar y salvar el helenismo, fortalecieron y afirmaron el catolicismo; por esta virtud, de los sofistas hizo santos como San Agustín y de los bárbaros hombres como Clodoveo y Recaredo; por esta virtud, el espíritu de Platon vino á posarse como blanca paloma en el tabernáculo del Dios vivo, oyendo las sublimes evocaciones de San Juan; por esta vir-

tud, lo que parecía más contrario al genio de la Iglesia, el aristotelismo, con sus tendencias sensualistas, con su observacion constante, con su criterio puramente humano fué la perpétua ley y la base fortísima de la ciencia católica; por esta virtud, cuando en día eternamente bello pero eternamente pagano, los dioses antiguos sacudieron el polvo de las ruinas y se levantaron sonrientes, inmortales, llevando en sus manos la copa llena del licor de la vida, y en sus lábios el beso ardiente del fuego creador que había hecho hermosa á Atenas y á Roma fuerte; en aquella irrupcion de bacantes que danzaban furiosas y ebrias con la exuberancia de la vida, con el ardor de los sentidos, coronadas de pámpanos y mirto, sobre las piedras de las tumbas hieráticas de la Edad Media, llamando á los penitentes á la alegría de vivir, la Iglesia lejos de apelar á los conjuros y á las excomuniones que disiparan aquella manía, lejos de suscitar vulgares y bárbaros iconoclastas, que rompieran aquellos marmóreos cuerpos, tendió sus manos sobre la frente de Rafael, de Vinci, de Buonarroti, de Sansovino, de Cellini, y los invitó á que llevaran á su seno y erigieran en sus altares, coronado por los resplandores de las ideas cristianas, todo aquel invasor paganismo. Pero ahora, desde la segunda mitad del siglo décimosexto, en estos tres días de la eterna historia, en las tres últimas centurias, lanza sus anatemas inapelables á todas las explosiones de la conciencia humana, á todos los resplandores de la filosofía, á todos los progresos de la política. Llega Juan Hus con la pretension de popularizar más el simbolismo cristiano y de llamar las democracias á la cooparticipacion de las grandes ceremonias, lo cual acaso hubiera retardado el movimiento herético contra el dogma por lo mismo que traía tanto de flexibilidad á la disciplina, y quema á Juan Hus; llega Lutero pidiendo que la voz natural de la conciencia humana sea oída, como un oráculo religioso,

innovacion semejante á la que Sócrates consumó en la antigua cultura y es anatematizado Lutero; llega Savonarola antes, cuando era todavía tiempo de arrepentimiento, de enmienda, en demanda de que las prácticas religiosas se purifiquen, de que las costumbres se corrijan, y las hogueras con sus llamas y su humo ahogan tanta elocuencia y al disiparse en el viento las cenizas del mártir cree la Iglesia haber disipado un peligro cuando solo ha disipado una advertencia; se levanta el espiritualismo moderno con Descartes, en la nacion católica por excelencia, durante la Edad Media, en la ilustre Francia, y el positivismo aristotélico en la nacion protestante, en la Gran Bretaña con Locke, y la Iglesia cierra herméticamente su espíritu á toda esta renovacion; un grande enjambre de ideas se congrega en Alemania volando hácia lo infinito, corriendo en pos de todas las verdades como para iluminar todos los problemas y al acercarse al ara antigua del dogma religioso oye tan solo el anatema y la excomunion; viene el regalismo del siglo décimooctavo á rematar la obra de doce siglos y á hacer la autoridad puramente civil, secular, láica, como cumple á los pueblos maduros, y la Iglesia, lejos de aprovechar aquella coyuntura para romper su connubio con el mundo y elevarse al cielo en alas del más puro idealismo, se empeña en conservar su carácter político y su autoridad terrena; invaden la escena de la historia las democracias, alentadas por aquel divino espíritu de igualdad que se exhalaba como un aroma de las páginas del Evangelio, y la invaden para continuar la obra de Cristo, para completar con la libertad política la cristiana libertad moral, para esparcir sentimientos de fraternidad entre los pueblos como el redentor entre los hombres, y la Iglesia, la hija del pobre jornalero, la madre de los apóstoles, la enemiga de los Césares, se va con los aristócratas, con los tiranos, con los opresores; error grande, trascendental, como si en

B.

las catacumbas se hubiera ido con Domiciano y con Neron en vez de irse con los mártires.

No había fuerza bastante en el mundo á separarla de este error gravísimo, de esta oposicion á todo el movimiento de los humanos progresos. Acababa de dar una nueva muestra de su resolucion en el semi-concilio, reunido sin ninguna de las formalidades disciplinarias y canónicas, para añadir un dogma á los antiguos dogmas, un dogma de excepcion y de privilegio, ocasionado á engendrar grosera idolatría más que verdadero culto religioso, el dogma de la Concepcion. Una criatura había sido elevada sobre todas las criaturas y puesta al nivel casi de la Santísima Trinidad; las leyes universales humanas, que no consienten ninguna interrupcion, se habían derogado en su holocausto; la maternidad pasaba como en el antiguo paganismo á ser virtud y atributo de una diosa que eclipsaba por su hermosura intrínseca y por el culto exaltado que exigía la idea y el poder del Eterno, del que no tuvo padre ni madre, principio ni fin; y todo esto se consumaba sin consultar á la Iglesia Universal con aquellas solemnidades y aquella escrupulosidad con que se la consultó en Nicea cuando fué el Verbo declarado consustancial con el mismo Dios. Así las almas piadosas temblaban por la reunion del Concilio. En el estado de los ánimos, en la madurez de las conciencias; cuando el hombre tiende á explicar los fenómenos naturales por sus leyes, y las ideas filosóficas por la razon, es necesario descargar la religion de principios, de dogmas, que exijan un gran esfuerzo de fé, como el dogma de la Concepcion, y reducirla á los fundamentales y esenciales, sin los que la ley moral sería imposible, como el dogma de la existencia de Dios y el dogma de la inmortalidad del alma. Precisamente la filosofía moderna más acreditada, la que es como la letra inicial de todos los sistemas germánicos, la filosofía crítica se pres-

15

taba á esta renovacion religiosa, demostrando primero que no puede llegarse por el puro raciocinio á la idea de Dios y que se necesita del sentimiento, de la fé, de la razon práctica para concebir y para fundar estos principios, esencialísimos á toda religion, á toda moral, á toda vida; el principio de la existencia de Dios y el principio de la inmortalidad del alma. La misma filosofía hegeliana empleaba esfuerzos extraordinarios para conciliar la razon natural con el dogma divino, y para explicar la creacion, el antiguo testamento, la necesidad de la venida de Cristo, el misterio de su muerte, la virtud de su redencion, animando las varias revelaciones con el calor de la nueva ciencia • la manera que los alejandrinos animaban el paganismo al calor del espíritu cristiano. Si el pontificado comprendiera todo cuanto se contenia de vivo y de vivificante en las ideas científicas del siglo, engendrara una revolucion moral verdadera en vez de encerrarse tristemente en una reaccion que cada dia va haciendo el catolicismo más propio de los antiguos pueblos asiáticos y más impropio de los modernos pueblos europeos. Pero no habia, no, esperanza. Así es que muchos obispos, creyentes, piadosísimos, influian poderosamente para que el Concilio se suspendiera y el Papa no cargara con un nuevo dogma la ya abrumada conciencia de los verdaderos católicos.

El influjo jesuítico se sobrepuso á los consejos del sentido comun, y á la prevision y á la prudencia. El jesuitismo es el sistema que más vivamente señala en nuestra historia europea la decadencia de la idea católica. Como ha surgido en una época en que la fé ha muerto, todo él es artificial, artificioso, mecánico: su filosofía reducida al silogismo en lógica y al probabilismo en metafísica; su historia reducida á negar la grandeza de los tiempos modernos; su arte que ha hecho de las Iglesias salones de mundo á la Maintenont á veces, á la Pompadour casi siempre, de

donde todo misticismo, como toda inspiracion están ausentes; su política que se empeña en resucitar con un Pontificado decadente, perdido en la soledad de su fé, la teocracia arriba, y la soledad abajo, la monarquía universal de los Pontífices, esa utopia que ni siquiera en el puro dominio de las conciencias ha podido realizar jamás el catolicismo; su moral y su conducta en la vida todo responde, todo á una idea completamente extinta, que por combinaciones artificiales y por procedimientos mecánicos quiere producir una reaccion y recabar todo cuanto ha perdido en el espíritu y en la conciencia. Y á los jesuitas se les ocurrió que era necesario para impedir catástrofes en la Iglesia, divisiones en el episcopado, protestas y cismas, divinizar un sér más en el mundo, ascenderlo al cielo, proclamando un principio absurdo, un privilegio incomprendible, la infalibilidad personal del Papa, la infalibilidad que los más creyentes, los más piadosos tan solo habian atribuido á la Iglesia universal, competentemente convocada, y bajo las leyes canónicas reunidas para pedir y obtener la luz y la asistencia del Espíritu-Santo.

Desde el dia, desde la hora en que semejante absurdo se anunció al mundo, comenzaron los cismas y las divisiones á perder más y más á la Iglesia. Como Gerson señala indudablemente la revolucion contra la Iglesia del siglo décimocuarto; como Savonarola señala á su vez la revolucion contra la Iglesia del siglo décimoquinto; como Abelardo la revolucion del siglo duodécimo; como Lutero la revolucion del siglo décimosexto; como el partido albigense la revolucion del siglo décimotercio; como Arrio la revolucion del siglo cuarto, en esta línea de las herejías, paralela á la línea de los dogmas, señalan dos hombres, el uno más retórico que filósofo, el Padre Jacinto, y el otro más filósofo que retórico, el doctor Doellinger, la revolucion del siglo décimonono. La fuerza del catolicismo es tan grande que, á pesar de encontrarse la idea

protestante, como en potencia, dentro de la raza germánica; á pesar de unirse esta idea á todas las glorias de sus anales; pues sobre la frente de Lutero han creído los germanos ver brillar el espíritu de Arminio, y en la Roma católica descubrir la misma Roma pagana que atormentó á sus padres por tantos siglos y los arrojó al circo para sus bárbaros divertimientos; todavia conservaba casi íntegra una parte considerable de alemanes sobre todo en la región del Mediodía. Y como si le corriera prisa perder esta fuerza, este vivo testimonio de su imperio sobre las conciencias, suscita la apoteosis personal del Papa, y con la apoteosis personal del Papa engendra el Lutero del Mediodía.

No, no podia consentir un aleman versado en las ciencias canónicas que toda intervencion de las Asambleas en el gobierno de la Iglesia fuese nula, y toda autoridad se vinculara absolutamente en ese jefe único, divino, que se llama el Papa. Sentia bajo su mano la corriente liberal de los espíritus más ilustres aun dentro del catolicismo y no estaba por malograrla y perderla. Podian los eclesiásticos independientes luchar, unos porque la Iglesia fuese aristocracia, otros porque la Iglesia fuese democracia; pero todos rechazaban igualmente la infalibilidad unipersonal del Papa. Segun ellos, los Obispos son jueces, que deben siempre entender del dogma y en caso oportuno, juzgar, condenar y deponer al Papa. Cristo no dió exclusivamente la facultad de nombrar Obispos al apóstol San Pedro. Tuviéronla todos los otros apóstoles. Ellos nombraron á Santiago llamado el Justo. San Pablo nombró á Timoteo Obispo de Efeso, y transmitió á Tito su autoridad para fundar Sedes en Creta, y proveerlas. En los primeros tiempos no hubo una sola ciudad que ejerciese el dominio eminente en la direccion de la Iglesia; hubo tres, Alejandria que dominaba en Africa; Antioquía que dominaba en Asia; y Roma que dominaba en Europa. Mas si hubo alguna Sede que sobre todas se elevara fué

la Sede augusta de Jerusalem, por su origen apostólico.

La supremacia de Roma y de su Obispo ha sido el fruto amargo de una larga serie de falsificaciones. Llegaron á tal número y á tal atrevimiento que falsificó Roma el cánón cuarto del gran Concilio de Nicea, de aquel Concilio, donde se redactó definitivamente el simbolo de la fé católica. En este cánón interpoló furtivamente las palabras «primacia romana.» Cuando el legado pontificio las leyó en el Concilio calcedoniense, armóse un gran escándalo, levantóse de todos lados incontestable protesta; y Roma, la Roma católica, la que creia ser depósito de la verdad y oráculo de la moral, fué por los mismos Obispos católicos, por aquellos á quienes pretendia dominar convencida de impostura.

Pero á medida que el Cristianismo va siendo arrojado del Oriente, y concentrándose en Occidente, las pretensiones de los Papas crecen y son más atendidas; y su sistema de falsificaciones adquiere grande crédito, hasta en aquellos que más combaten la excesiva autoridad pontificia, como por ejemplo, Dante, el cual supone auténtica la donacion de Constantino. Roma, para oponerse á los Obispos y al clero secular, envía por el mundo las órdenes monásticas. La de Cluny es una orden poderosísima, que uniforma todas las liturgias particulares, fundándolas en la liturgia romana. Los templarios llegan á erigirse como en ejército permanente del Papa, pues el dia de su expulsion será para Roma un dia tan nefasto como el dia de la expulsion de los jesuitas. Los franciscanos, aunque la heregía tiene tanta parte en su orden, sostienen el misticismo, en el momento en que Europa se vuelve hácia el culto de la humanidad en la Naturaleza por los primeros albores del Renacimiento. Los jesuitas por último, crean y fundan una asociacion misteriosa destinada á poner al servicio del Papa, hasta el crimen, y á penetrar en los salones para posesionarse del arbitrio de los reyes,